

Aeferdana

R. Crespo

R. CRESPO



**AEFERDANA**

# Capítulo 1

## 1. LA HERMANDAD DE LOS GUARDIANES

El Mar de Sianusa era peligroso incluso para los mejores navegantes. Las tormentas en alta mar nunca cesaban y la tranquilidad solo llegaba cuando el barco atracaba en el Puerto de la Aurora. Una joven de diecisiete años permanecía quieta en la cubierta principal del barco, con la capucha de su capa azul cobalto cubriéndole el rostro. Ninguno de los tripulantes del capitán Viburn se atrevían a mirarla por miedo a que les hechizara. Corría el rumor de que las mujeres que no mostraban su rostro estaban al servicio de un ente maligno que las dominaba, y por eso la consideraban como una bruja que usaba sus malas artes para embrujar a cualquier hombre que osara mirarla. Lo que ninguno de ellos sabía era que Aeferdana no era ninguna bruja, sino una simple aprendiz de la Hermandad de los Guardianes. Se acercó a uno de los extremos del barco para poder observar con aparente calma el bravío mar que azotaba ambos costados del barco.

—Parece mentira que el mar esté así con el buen tiempo que hace, ¿verdad?

La chica se giró y observó, en primer lugar, unos ojos azules tan hermosos como el mar que mecía el barco en ese momento.

—Sí, ¿pero sabes qué? Es lo que más me gusta de este mar, que es salvaje, rebelde, y no se deja doblegar por nada ni nadie.

El chico la miró con desconcierto, pensando que quizá lo dijera por ella. Apenas la conocía a pesar de haber vivido, durante todos esos años, en la misma región. Soram no era tan grande como para que no se hubieran visto hasta ese momento, pero así había sido.

—Vaya, eso es increíble... Digo, que pienses así. ¿Se puede saber por qué una chica tan guapa como tú piensa en ser rebelde y salvaje como el Mar de Sianusa?

Aeferdana se sonrojó tanto que giró la cabeza para evitar el contacto visual con el chico. Pero él, sin ningún tipo de vergüenza, tomó su barbilla e hizo que girara su rostro de nuevo hacia el suyo. Ella solo se mordió el labio, un poco avergonzada. Al fin y al cabo, él había conseguido averiguar

lo que estaba pensando. Pero tampoco había sido tan difícil teniendo en cuenta que ella se había encargado de desvelar gran parte de su secreto peor guardado.

—¿Qué te importa, Sindar de Soram? —preguntó, en respuesta a la pregunta formulada por el chico. El aludido se sorprendió al darse cuenta de que ella le conocía. Pero ¿de qué?— No me mires así... Te conozco desde siempre, aunque nunca hayamos hablado ni te hayas percatado de mi presencia. Lo que nunca imaginé era que, en mi camino hacia Lantaro, te atrevieras a dirigirme la palabra.

—Entonces... ¿Me conoces? ¿Y por qué nunca te había visto por Soram?

Ella solo se encogió de hombros, aunque antes de dejar que continuara hablando, se atrevió a buscar una buena respuesta a sus preguntas.

—Aunque miraras a conciencia no me verías.

Sindar quedó prendado ante tan misteriosas palabras. De repente, no vio a aquella jovencita de dieciséis años que parecía admirar la bravura del mar, sino a toda una mujer a la que había comenzado a admirar. Aeferdana, por su parte, no pudo apartar su mirada clara de la del chico. Sentía curiosidad por él, por sus motivos para viajar fuera de Soram. No imaginaba a Sindar como un futuro miembro honorario de la Hermandad de los Guardianes. Ni siquiera como uno de sus aprendices.

—¿Y cuál es tu historia, Sindar de Soram? —preguntó ella, muy interesada en saber un poco más de aquel chico al que siempre había contemplado en la distancia.

—Si de verdad te interesa... —Ella asintió, con entusiasmo— Está bien, te lo contaré —Hizo una pausa dramática en la que pensó cómo comenzar y después continuó—. Verás, procedo de un antiguo linaje de caballeros que han pertenecido, a su vez, a la Hermandad de los Guardianes. Quizá suene extraño, pero es así —aclaró él tras ver la expresión de sorpresa en el rostro de la joven—. Hace una semana llegó una carta procedente de Lantaro en la que me convocaban para presentarme ante los tres Maestros de la Hermandad. Y por eso estoy aquí, hablando contigo... Supongo que a eso te referías con tu pregunta, ¿no?

Aeferdana asintió con una sonrisa. Estaba fascinada por esa historia, tan corta pero a la vez tan interesante. Un caballero perteneciente a la Hermandad, ¡nunca lo hubiera imaginado!

—Nunca había oído que hubiera caballeros en la Hermandad... ¡Menudo descubrimiento!

El chico la mandó callar colocando un dedo sobre sus labios.

—Es que es algo que los Maestres llevan en secreto. A nosotros nos entrenan por separado. No sé si debí contarte nada...

Aeferdana retiró el dedo de Sindar sin dejar de mirarle. Por suerte, ninguno de los tripulantes había prestado atención a la conversación de los aprendices, realmente no les interesaba nada que tuviera que ver con los que viajaban. Mucho menos cuando entre ellos se encontraba una posible bruja. Él entrelazó sus dedos con los de la chica sin dejar en ningún momento de mirarla. Por algún extraño motivo, se sentían bien el uno con el otro. Aunque apenas se conociesen.

—¡Tierra a la vista!

Ambos sonrieron al darse cuenta de que el mar volvía a la calma conforme se iban acercando al Puerto de la Aurora, pero pronto dejaron de hacerlo al percatarse de que aún seguían cogidos de la mano. Aeferdana retiró la suya con brusquedad y volvió a centrar su mirada en el mar. Sindar se separó de ella para ir en busca de sus pertenencias, un minuto después ella hizo lo mismo.

Volvieron a encontrarse en la cubierta justo cuando la pasarela tocó tierra. Aeferdana se dispuso a marcharse sin mirar atrás, sin ni siquiera despedirse del capitán Viburn, con el que tanto había compartido en el viaje. Ni siquiera para despedirse de Sindar, ni de ninguno de los tripulantes. Deseaba llegar cuanto antes a Lantaro.

Pero algo la detuvo. Sindar la sujetó por el brazo antes de que pudiera escabullirse entre la gente y los puestos de los mercaderes.

—¿No te parece más lógico que vayamos juntos? Al fin y al cabo vamos al mismo sitio...

La joven miró su brazo y después dirigió su mirada hacia los ojos de Sindar. No sabía si sería conveniente realizar aquel viaje juntos, pero el aprendiz de caballero tenía razón. Ambos iban al mismo lugar.

—Tienes razón, además, me vendría bien la compañía de un caballero por si se tuercen las cosas por el camino.

El chico sonrió y soltó el brazo de la muchacha. Ambos comenzaron a caminar rumbo a Lantaro, hasta que se dieron cuenta de que no tenían la más remota idea del camino que debían seguir. Por ello, ambos se acercaron a uno de los puestos para comprar un mapa de Soradia.

—¡Bienvenidos, viajeros! Soy Tulef Tamerland, mercader de mapas, ¿en

qué puedo servirlos?

—¿Podría mostrarnos el mejor mapa de Soradia que tenga?

—¡Por supuesto! —El mercader rebuscó entre los diversos mapas que estaban a la vista hasta que dio con uno que parecía ser mayor que el resto— Aquí tenéis el mejor mapa de Soradia. Serán veinte siredios.

Aeferdana rebuscó entre los bolsillos de la túnica las monedas de plata necesarias para pagar al mercader, pero Sindar se le adelantó al ver que la chica tardaba demasiado en encontrarlas. Cogió el mapa entre sus manos y ambos se alejaron de los puestos del mercado.

—No deberías haber pagado tú por el mapa...

—¿Por qué? Si ambos vamos al mismo sitio, con el mismo mapa, ¿por qué iba a dejar que pagaras tú? No olvides que soy un caballero —le guiñó un ojo, divertido.

Ella, sin embargo, no se prestó a sus bromas. Ni siquiera esbozó una ligera sonrisa que disipara la tensión del ambiente. Y es que aunque accediera a que le acompañara a Lantaro, Aeferdana seguía sintiéndose incómoda con su compañía. Por ese motivo no habló, ni le miró, durante gran parte del trayecto que les separaba de su destino.

Cuando llegaron a la frontera con Lantaro, ambos se detuvieron. Observaron la gran muralla que protegía a la ciudad debido a lo cercana que estaban las Montañas Bárbaras, donde solían ocultarse los bandidos. Además, existía la creencia de que Johan, la maldad personificada, se ocultaba en las montañas sirviéndose de la ayuda de los bandidos para alimentar su poder. Aeferdana tragó saliva al pensar en ello, sin darse cuenta de que Sindar estaba preguntándole qué harían a continuación.

—Disculpa, estaba sumergida en mis pensamientos... —se disculpó ella.

—Has estado así durante todo el trayecto. ¿Qué pasa? ¿Dije algo malo que me haya alejado de ti? Porque si es así, me disculpo ahora mismo. Sea lo

que sea que dijera o hiciera.

—No es eso, Sindar. No me esperaba encontrarme con esto. Soram es tan... distinta a todas las regiones de este otro lado... —su rostro apesadumbrado daba a entender lo que sentía por dentro.

—Soram es muy distinta a cualquier otra región de Soradia —afirmó Sindar.

La joven aprendiz se sorprendió de la seguridad de las palabras del muchacho. Tal vez no lo conociera tan bien como pensaba. Ladeó ligeramente la cabeza para observarle con atención, sin percatarse de que su acompañante comenzaba a sentirse incómodo.

—¿Tengo algo en la cara? —preguntó él, con una sonrisa en el rostro.

—No... ¡No! —Aferdana movió exageradamente la cabeza— Lo siento.

Ninguno volvió a hablar, aprovechando para emprender de nuevo la marcha hacia la entrada de la ciudad. Dos guardias ataviados con armaduras grisáceas se encontraban custodiando las puertas. Entrar en la ciudad no sería tan fácil como pensaban.

—¡Alto! —Uno de los guardias se adelantó, impidiéndoles el paso— Identificación, por favor.

Ambos buscaron en sus bolsas de viaje sus respectivas identificaciones, así como las cartas que acreditaban que sus intenciones en Lantaro eran buenas. Cuando las encontraron, el guardia las tomó y las leyó con prisa con el rostro imperturbable en todo momento. Nunca habían tenido la oportunidad de ver a ningún guardia de esas características; en Soram escaseaban.

—Así que sois aprendices de la Hermandad... —Los observó durante unos segundos antes de continuar— Muy bien, podéis pasar.

Les devolvió sus identificaciones y sus cartas tras indicarle a su compañero que abriera las puertas. Los dos guardias volvieron a sus posiciones iniciales en cuanto ambos cruzaron las puertas de la ciudad.

Al fin lo habían conseguido... ¡Estaban en Lantaro!

Se dirigieron hacia la sede de la Hermandad. Lo único que sabían era que se distinguía de los demás edificios por su gran majestuosidad. No tardaron en encontrar un edificio cuadrangular de cuatro torres con grandes portones de roble. En la delantera del edificio no había ventanas, sino una cristalera circular que no dejaba ver el interior del edificio. Se acercaron con cuidado a las puertas y llamaron. Una de las puertas se

abrió casi de inmediato, produciendo un sonido chirriante molesto para cualquier oído humano.

—¡Bienvenidos a la Hermandad de los Guardianes, ciudadanos de Soram! En breve, los Maestres se encargarán de indicaros cómo proceder dentro de la Hermandad. Mientras tanto, ¿por qué no disfrutáis de las hermosas vistas?

Ambos miraron a todos lados sin encontrar nada que delatara una presencia humana cercana.

—¿No te parece increíble que al fin estemos aquí? —Sindar notó en su voz la emoción que Aeferdana sentía. Al fin y al cabo, era lo que deseaba.

Sin embargo, él se sentía terriblemente compungido. Sabía lo que le depararía tras las indicaciones de los Maestres. Ambos se separarían.

—Creo que nos separaremos y yo seguiré sin conocer tu nombre.

Ella le miró extrañada.

—Aeferdana —dijo rápidamente.

—¿Afer... qué? —La expresión de Sindar provocó que ella se riera.

—Aeferdana —pronunció su nombre más despacio para que no hubiera lugar a confusión.

—Un bonito nombre, Aeferdana. Casi tanto como tus ojos...

—¿Un caballero de Soram tonteando con una simple aprendiz? —inquirió la chica con cierta sorpresa contenida.

—Aún no soy caballero, soy un aprendiz como tú. ¡Y no! Solo decía una verdad tan grande como este lugar.

A la chica le pareció ver un rubor en las mejillas del chico, que a su vez retiró su mirada hacia el suelo. Aeferdana abrió la boca para decir algo, pero se vio interrumpida por una voz masculina que provenía de las sombras.

—Aeferdana, de Soram...

—Y Sindar, de Soram... —continuó otra voz, un poco más grave que la anterior.

—Habéis sido convocados por los grandes Maestres de la Hermandad de los Guardianes para desempeñar una misión que os puede conducir al

éxito o al fracaso —continuó, de nuevo, la primera voz.

—En el primer caso, seréis bienvenidos como nuevos hermanos honorables, pero en el segundo caso, tendréis que volver a vuestro hogar con la deshonra cargando sobre vuestros hombros —volvió a hablar la segunda voz.

—Con una promesa palpable: ninguno de vuestros descendientes volverá a ser llamado ante la Hermandad —se distinguió una tercera voz diferente a las dos anteriores.

Aeferdana tragó saliva ante aquella inminente posibilidad. Miró de reojo a Sindar, pero él no dejaba de mirar al frente con el rostro serio. Sindar, le hubiera gustado susurrar. Pero temía que las figuras que se encontraban escondidas en la oscuridad la oyeran y la reprendieran.

—Dos jóvenes, cada uno especializado en vuestros campos, os acompañarán a vuestras habitaciones —Volvió a hablar la primera voz para darles la última indicación— Que Shana esté con vosotros.

Un chico y una chica aparecieron justo en el momento en el que las sombras desaparecían —aunque ninguno de los dos pudo verlo desde sus posiciones. La chica se detuvo frente a Aeferdana, mientras que el chico lo hacía frente a Sindar.

—Bienvenido, compañero aprendiz. Soy Ilmin, de Ventosa, para servirte.

Sindar sonrió, extendiendo su mano hacia la de su compañero. Ambos estrecharon sus manos, agitándolas levemente a modo de saludo. Aeferdana apartó su mirada de la escena y se quedó mirando a la chica que tenía enfrente. Lo primero que pudo observar fueron las cejas arqueadas en una expresión de disgusto, sus labios fruncidos y la mirada perdida. Extendió su mano para saludar como había hecho Sindar con su compañero, pero solo obtuvo desprecio.

—Soy Thyria, de Jarsonian. Te acompañaré hasta tu habitación, pero eso no significa que seamos amigas automáticamente. También te guiaré por el edificio, pero nada más. ¿Entendido?

Antes de responder, Aeferdana miró a su lado en busca de su compañero de viaje, pero ya no se encontraba allí. «¿Por qué no me han podido asignar a una chica más simpática?» pensó ella, sintiéndose rechazada sin motivo por una chica a la que apenas conocía.

—Entendido. Será mejor que me lleves lo antes posible a mi habitación para no tener que soportar por más tiempo mi apestosa compañía —La

joven aprendiz se cruzó de brazos sin apartar la mirada de Thyria.

Cuando ambas comenzaron a caminar, algo las detuvo. Un joven de cabello castaño y ojos verdes llamó su atención.

—Tendrás que dejarlo para más tarde, el Gran Maestro Bardo la requiere en la Sala de los Maestres —Al ver la cara de fastidio de Thyria, añadió—. No te preocupes, la acompañaré yo.

El chico comenzó a andar y Aeferdana le siguió sin pensárselo dos veces. No soportaba estar en compañía de Thyria, no después de cómo se había presentado ante ella y de las malas palabras que le había dirigido. Al menos, aquel nuevo compañero parecía mucho más simpático que ella.

—Soy Connar, de Jarsonian. Disculpa a Thyria, le cuesta adaptarse a la gente nueva. Ya verás que con el tiempo aprende a tolerarte —Sonrió, sin dejar de mirar al frente.

Aeferdana solo dijo «encantada» mientras observaba los cuadros del largo pasillo que estaban recorriendo. Todas las puertas que encontraban a su paso estaban cerradas y solo unas cuantas poseían un letrero con el nombre de la sala. Cuando llegaron a una de esas tantas puertas, Connar se detuvo. Entonces la chica se fijó en el letrero: Sala de los Maestres.

—Mucha suerte y bienvenida, Aeferdana de Soram.

«¿Por qué todos me conocen?» Se quedó observando la puerta sin saber si llamar o no. Cuando por fin encontró parte del valor que creyó haber perdido, dio tres toques a la puerta. Ésta se abrió como por arte de magia.

—Adelante, Aeferdana.

La chica dio varios pasos al frente para introducirse dentro de la sala. Descubrió que era más grande de lo que parecía. Lo primero que llamó su atención fueron los tres sillones, más parecidos a tronos, situados en el centro. Bajo sus pies había una alfombra azul que resaltaba ante el color marrón madera del suelo. Después se fijó en el hombre que se encontraba de pie ante los sillones. Vestía una túnica azul, del mismo color que la alfombra. Su pelo lacio y del color de la noche caía por sus hombros; y sus ojos, azules como el mar de Sianusa, la observaban atentamente. Como si no quisiera perder detalle de todos los movimientos de Aeferdana.

—Bienvenida a la Hermandad de los Guardianes.

—Gracias, señor... —Recordó entonces las palabras de Connar al referirse

a él— Digo, Gran Maestro.

—Bardo, a tu servicio —Hizo una reverencia y luego se acercó hasta donde se encontraba ella— ¿Sabes por qué has sido llamada ante la Hermandad?

—Al ver que movía la cabeza mostrando una respuesta negativa, prosiguió— Eres la única capaz de llevar a cabo la misión más importante a la que cualquier Guardián haya podido enfrentarse.

## Capítulo 2

### 2. EL SECRETO DE AEFERDANA

—¿Qué? —Fue lo único que salió de los labios de la chica.

—Sé que parece increíble, pero es la verdad. ¿O es que acaso no sabes de qué linaje provienes...? —no hizo falta que la chica hablara, su mirada lo decía todo— Oh, no lo sabes... Debí imaginarlo —aquella última frase pareció decirlo más para sí mismo que para la atónita aprendiz que permanecía de pie frente a él— Conocerás al menos a la Maga Azul, ¿verdad?

Aeferdana asintió. ¡Claro que la conocía! Era una de las tantas leyendas de Soradia, la más arraigada y una de las más solicitadas en las festividades de Soram. Shana, más conocida como la Maga Azul, había sido la creadora de aquel mundo en el que había tenido la oportunidad de nacer. Proveniente de la Tierra, había decidido crear una dimensión aparte para que todos los portadores de magia pudieran vivir tranquilos sin la persecución constante de los que defendían la ciencia y la religión. Soradia había sido creada para que todos los hechiceros vivieran en paz.

—Claro que la conozco, señor, es la gran Maga que creó Soradia, la que promovió la fundación de la Hermandad de los Guardianes. La admiro desde que tengo uso de razón... —podía verse en sus ojos una chispa de emoción.

—Tú serás la encargada de buscar la última de sus runas. No será fácil la búsqueda, ni mucho menos el camino que te conduzca a ella, pero solo tú tendrás la capacidad de sentirla. La magia fluye por sí sola entre los hechiceros y las runas, así que no tendrás problemas a la hora de hallarla.

—¿Por qué? ¿Por qué soy la única que puede encontrarla habiendo tantos hechiceros aquí con mucha más experiencia? —preguntó Aeferdana, confusa.

—El hecho de que seas la única capaz de conseguir el objetivo de esta misión tendrás que descubrirlo durante el viaje, me temo que no puedo

ser yo quien te revele esa información tan importante.

Ella no dijo nada, solo se limitó a mirar a Bardo sin entender del todo lo que tendría que hacer. Tampoco estaba segura de poder llevar a cabo la misión como correspondía, isólo era una aprendiz!

—Te acompañarán una hechicera experta y un aprendiz de caballero, por lo que no estarás sola. Y si por cualquier motivo no consiguieras averiguar lo que te une a esas runas, yo te lo comunicaré a tu regreso. Consigas o no la runa —aseguró Bardo, mostrando una sonrisa—. Espérame aquí un momento —desapareció por una de las puertas de la sala para aparecer unos minutos más tarde con un pergamino amarillento que entregó a Aeferdana—. Este mapa te indicará en todo momento tanto el paradero de la runa sea trasladada o no de su ubicación, como el vuestro. Sabrás identificar su posición en el mapa —hizo una pausa antes de añadir—. Y ahora, debes marcharte a descansar, lo necesitarás.

La joven hechicera salió de la sala de los Maestros. Fuera, la esperaba Thyria con cara de desagrado, como si le hubieran dado una noticia que no esperaba oír. La acompañó en silencio hacia su habitación y se marchó sin despedirse.

—Gracias por derrochar tanta simpatía —dijo Aeferdana, más para sí misma que para alguien en concreto.

Sin embargo, otra voz la sorprendió.

—No se lo tengas en cuenta, lo hace con todos los nuevos —Era la segunda persona en ese día que lo afirmaba—. Soy Feeris, de Merdorian.

Ambas estrecharon las manos e intercambiaron sonrisas, pero no pudieron hablar más porque Feeris tenía que asistir a clases de Hechizos Avanzados. En cuanto Aeferdana quedó a solas en su nueva habitación se dedicó a observar lo que la rodeaba. Dos espejos de cuerpo entero, uno a cada lado de la habitación, fue lo que más llamó su atención aparte de las camas. Intuyó que la que estaba mejor hecha sería la suya, además, la mesita que había al lado de la otra tenía los objetos personales de Feeris. Se sentó en su cama, al menos esa noche, y terminó de escudriñar los demás objetos que la rodeaban. Al contrario que la cantidad de espejos, solo había un gran armario donde guardar la ropa; por suerte, no tendría que preocuparse de guardar la suya hasta que volviera.

A la mañana siguiente, Feeris agitó las sábanas de Aeferdana para que despertara.

—Llaman a la puerta.

Aeferdana suspiró.

—¿Y no podías abrir la puerta? ¿Tenías que despertarme?

Feeris se encogió de hombros en respuesta y se sentó en su cama a la espera. La razón por la que no había abierto la puerta se encontraba justo detrás de ella.

—Thyria, ¿qué haces aquí? —preguntó extrañada Aeferdana, después se dio cuenta de que Sindar la acompañaba y se sintió aún más confundida— ¿Y tú...?

—Los Grandes Maestros nos han asignado como acompañantes en tu misión —comenzó Sindar, entusiasmado.

—Por desgracia, soy la hechicera... el Gran Maestro Bardo me dijo que lo entenderías —continuó Thyria.

Aeferdana frunció los labios como muestra de su disgusto. ¿Por qué tendría que ser Thyria la hechicera con experiencia que la acompañara? Porque la compañía de Sindar no sería tan desagradable, no después del viaje que compartieron.

—A mí me dijo que compartiríamos misión, aunque yo solo me encargo de protegeros —aclaró el joven aprendiz.

—Yo no te necesito para nada, sé defenderme bien —dijo Thyria.

—Cierto caballero de mi pabellón dice lo contrario...

—¡Basta! Si tenemos que compartir misión será mejor que tengamos la fiesta en paz, ¿no creéis? —los interrumpió Aeferdana.

—Tú no me das órdenes, novata —Thyria la miró con ese desagrado que mostró el día anterior al presentarse. Le disgustaba tanto como a Aeferdana el hecho de tener que compartir ese viaje cuyo final era tan importante para la Hermandad—. No tardes mucho, te esperamos en la

entrada.

Y ambos se fueron, aunque Sindar no parecía estar de acuerdo con aquella decisión.

—Debí imaginarlo...

—¿Qué? —preguntó Feeris, curiosa.

En ese momento recordó que no se encontraba sola en la habitación.

—Que Thyria sería la hechicera experta que me asignarían los Grandes Maestros.

—¡Ah, era eso! —Feeris soltó una risita que a Aeferdana le pareció demasiado irritante— Aunque ahora no seas capaz de entenderlo, ellos no hacen nada sin un motivo que lo respalde. Solo un consejo, futura compañera: la paciencia es una buena amiga.

—Gracias por el consejo, intentaré recordarlo cuando esté a punto de cometer una locura con Thyria...

—¿Cómo cuál? —Feeris se levantó de repente, demasiado emocionada por lo que acababa de oír.

—¿Acaso le deseas algún mal a una compañera hechicera? —inquirió Aeferdana.

—¡Por supuesto que no! Pero una lección de humildad no le vendría mal.

—Todo se verá en el camino, Feeris. Ahora, me temo que tenemos que despedirnos... Espero volver, por alguna razón me has agradado a pesar de que solo hemos compartido habitación unas horas.

—Hasta pronto, Aeferdana... —al ver Feeris que la joven aprendiz la miraba confusa, añadió— Cuando llegan nuevos aprendices, los Grandes Maestros nos preparan para el acontecimiento. Generalmente, aquí dentro solemos conocernos todos, al menos entre los que pertenecemos a cada una de las especialidades, por eso al ver las caras nuevas solemos identificarlos. En cuanto pase la misión y la ceremonia de admisión, si conseguís cumplir el objetivo primordial, nos conocerás a todos. No somos tantos como parece —guiñó un ojo y, tras ese gesto, abrazó a su nueva compañera de habitación—. Debes irte. ¡Suerte!

Aeferdana recogió sus cosas y salió de la habitación, no sin antes agradecerle la suerte recibida. Llegó a la conclusión de que todos allí presumían de misteriosos y se sintió como un pez con la cabeza fuera del agua durante varias horas. Quizá, y solo quizá, empezaría a encajar

cuando volviera.

Salieron temprano y sin despedirse; solo acudieron los Grandes Maestros para darles las últimas indicaciones. Aeferdana aún seguía sumida en sus pensamientos intentando descifrar las palabras de Bardo. ¿Cuál sería ese secreto que tenía que descubrir por sí misma?

Sindar se colocó junto a ella aprovechando que Thyria quedó por delante de ellos. La había echado de menos y solo había estado distanciada de ella unas horas. No entendía por qué, pero necesitaba su compañía.

—¿Qué le pasa a esa? —preguntó, señalándola con la cabeza.

—Al parecer es así con todos los nuevos, sobre todo en lo que respecta a hechiceros... —Aeferdana masticó las palabras que salieron de sus labios.

Ella también lo había extrañado, aunque quizá no tanto como él. Había extrañado su mirada cristalina y su forma de dirigirse a ella. Pero sobre todo, su compañía. Y, sin embargo, ninguno de los dos lo admitiría ante el otro.

—¿Bardo también habló contigo sobre tu misión? —preguntó Aeferdana, realmente interesada en conocer la opinión de su acompañante.

Thyria seguía caminando por delante de ellos, como si ejerciera de guía hacia las Montañas Bárbaras. Aún se encontraban en Lantaro, fuera de los muros de la Hermandad. Parecía tan grande que, si la comparaban con Soram, veían su ciudad natal bastante más pequeña de lo normal.

—Sí, tengo que protegerte con mi vida si es necesario... —Al ver la cara de Aeferdana mostró una sonrisa tímida y se llevó la mano derecha hacia su pelo para revolverlo un poco— Bueno... En realidad... La última parte la he añadido yo. Solo me dijo que tenía que traeros vivas, aunque no sé yo ¿eh? Dudo mucho que Thyria se deje proteger por mí si es tan gruñona con los aprendices.

Aeferdana mostró una sonrisa que se convirtió en una pequeña carcajada.

—No se lo tengas en cuenta, cuando consigamos la aprobación de los Maestros y nos quedemos en la Hermandad ya verás como nos trata mejor. Por el momento solo hay que... soportarla —aseguró la chica.

En ese momento, Thyria se detuvo. Habían llegado a las afueras de Lantaro.

—Tenemos dos opciones —comenzó a decir, girándose para poder ver sus caras—, o nos desviamos hasta el camino de Merdorian que conduce directamente a las montañas o seguimos por aquí y buscamos alguna zona de la ladera por donde podamos comenzar a subir.

—¿Cuáles son los pros y contras de cada una de las opciones? —preguntó Sindar.

—Si vamos por el camino de Merdorian, los bandidos estarán alertados de nuestra presencia. Si vamos por aquí contaremos con el factor sorpresa —Estaba intentando no ser borde con ellos, aunque sabía que tarde o temprano estallarían.

—Entonces sigamos por aquí —decidió Aeferdana.

Continuaron su camino, en esa ocasión, Thyria permaneció al lado de los dos aprendices. No dijo nada más que lo necesario, como «este camino no es seguro» o «¿qué os parece por aquí?». No fue hasta que encontraron un camino apto para permanecer ocultos mientras avanzaban que decidieron adentrarse en la montaña.

—A partir de ahora tendremos que ser sigilosos. Hay muchos bandidos vigilando estas montañas y si cometemos cualquier error podríamos convertirnos fácilmente en sus prisioneros —susurró Thyria para que solo pudieran oírla Sindar y Aeferdana.

Los troncos de los árboles eran tan gruesos que los tres podrían esconderse con facilidad si lo necesitaban, pero también podrían encontrarse con alguna sorpresa desagradable si no conseguían ser sigilosos. Una tarea complicada para Sindar debido a su vestimenta pesada. Thyria y Aeferdana no tenían ese problema, sus vestimentas eran tan ligeras que parecía que volaran.

—Creo que os dificultaré durante todo el camino... ¡Malditas armaduras caballerescas! —susurró Sindar al lado de Aeferdana. Ella se rió en voz baja— ¿De qué te ríes?

El ceño fruncido de su compañero provocó que la risa fuera en aumento. Thyria se detuvo y les dirigió una mirada de advertencia para que se

callaran. Su sexto sentido le indicaba que estaban en peligro aunque no hubiera rastros de bandidos a su alrededor.

La calma siempre precedía a la tempestad.

—¡A callar! —Mandó Thyria en un susurro, mientras les indicaba con un gesto de la mano que se acercaran al mismo árbol que ella.

Los tres se reunieron a tiempo tras uno de ellos. Oyeron unas pisadas fuertes seguidas de varios bufidos. Dos hombres, uno más alto que el otro, y con sendas barbas cubriendo gran parte de sus rostros, caminaban hacia ellos.

—Estoy harto de las estúpidas órdenes de Irion. Si no fuera por ese hechicero que le hipnotiza para que haga su voluntad, nosotros seríamos mucho más felices. Créeme, Karan, nos va a traer problemas...

—¡Cállate, Edo! ¿No sabes que los árboles escuchan y que las ramas susurran? El que nos va a traer problemas eres tú si sigues hablando así del hechicero y de Irion.

Con todo el sigilo con el que pudo moverse, Aeferdana se colocó en el extremo del tronco para poder observar mejor lo que ocurría. Recordó entonces que debía buscar aquella runa que apenas conocía y sacó el mapa de su pequeño saco improvisado.

—¿No hay forma de distraerlos, Thyria? —preguntó en voz baja la aprendiz mientras los dos bandidos seguían discutiendo— ¿Quizá provocarlos para que se peleen entre ellos? —terminó sugiriendo.

La hechicera se detuvo unos segundos para pensar y, tras ese tiempo, desató el nudo de una tela que llevaba atada a la espalda. Se sentó sin hacer ruido y con suavidad, como si fuera a romper lo que contenía con solo mirarlo, fue descubriendo un libro con grandes tapas de piel.

—Es un grimorio —aclaró Thyria ante la mirada atónita de Aeferdana y Sindar—, me lo entregó Bardo antes de ir a buscaros a vuestras respectivas habitaciones.

Sindar abrió la boca para decir algo, pero Aeferdana le indicó con la mirada que no era el momento. Y mientras ella se dedicaba a mirar en el mapa dónde podría encontrarse la runa, Thyria comenzó a pronunciar un hechizo que provocaría que Edo y Karan se pelearan entre ellos. Si funcionaba, los tres podrían continuar su marcha sin que se dieran cuenta de su presencia.

—Edia mundio viriæ —comenzó a decir Thyria, mientras sus ojos se volvían blancos y tanto su pelo corto como su túnica comenzaban a

ondear. Sostuvo entre los dedos de su mano derecha la runa que le otorgó Bardo cuando cumplió su primera misión para la Hermandad antes de continuar—, otom vix alora Edo y Karan.

La runa se iluminó durante unos instantes y luego volvió a apagarse en cuanto el hechizo concluyó. Thyria y Sindar observaron a los dos bandidos iniciar una discusión mientras Aeferdana seguía mirando el mapa en busca del lugar exacto donde podrían encontrar la runa. Un punto azul parpadeó entonces y, por lo que pudo observar, no se encontraban muy lejos de ella.

—¡Por aquí! —indicó a sus compañeros antes de comenzar a andar lo más rápido posible.

Edo y Karan estaban tan ocupados discutiendo y empujándose que no vieron a los tres jóvenes que atravesaban la ladera en dirección a las cuevas donde se escondían.

Tras asegurarse de que se encontraban lejos de los dos bandidos, se detuvieron un rato para descansar. Pronto anochecería y necesitarían recargar las pilas para continuar avanzando al amparo de la noche. Lo que ninguno de los tres sabían era que alguien los observaba más cerca de lo que hubieran podido imaginar. Alguien que conocía perfectamente cuál era el secreto de Aeferdana.

## Capítulo 3

### 3. UN PELIGRO REAL

Esa noche, Thyria se encontraba haciendo guardia mientras los otros dos dormían en el improvisado campamento. Habían acampado lejos de las cuevas de los bandidos, pero ella sabía que toda precaución era poca para pasar desapercibidos. Aunque dudaba que no les hubieran descubierto a esas alturas teniendo en cuenta el encontronazo con Edo y Karan, y que eran bastantes como para que ninguno los hubiera visto.

Definitivamente, se estaban guardando un as bajo la manga, de eso estaba completamente segura.

Volvió a mirar hacia el campamento preocupada por sus compañeros. A pesar de toda su indiferencia hacia ellos, no tenían la culpa de ser convocados por los Grandes Maestres para formar parte de la Hermandad. Es más, ella misma comprendía la importancia de que hubieran tantos hermanos como fuera posible para defender Soradia, así como la Tierra. Aunque nunca conoció a ningún hermano terrícola. Se preguntó por qué ninguno cruzaba el portal si tenían la capacidad suficiente como para invocarlo como mínimo.

El crujir de una rama la devolvió a la realidad. Alerta, miró hacia todos lados y se aseguró de que la mochila improvisada que portaba aún siguiera en su espalda. Por nada en el mundo podría permitirse perder el grimorio de la Hermandad. Aunque no era el único, era bastante importante conservarlo. Y aunque sin el poder de las runas la magia no fluía, si caía en las manos equivocadas podría ser muy peligroso para todos.

No pudo evitar preocuparse más.

Se levantó y se acercó hacia el campamento para despertar a Aeferdana y a Sindar. Tres podrían protegerse mejor que uno solo. Con cuidado y sin levantar mucho la voz los llamó, primero a una y luego al otro.

—¿Pasa algo, Thyria? —preguntó Aeferdana, con el pelo revuelto debido a la postura en la que había dormido.

Le dolían los huesos, pero estaba dispuesta a continuar con la guardia si era necesario. Sin embargo, al darse cuenta de que Sindar también estaba despierto, supo que no se trataba del cambio de guardia.

—He oído cosas, creo que nos han rodeado, pero no podía asegurarlo. He preferido prevenir... —dijo en voz baja para que solo ellos pudieran escucharla.

Aeferdana observó a Sindar, que se frotaba los ojos en su intento por despejarse. Cuando él le devolvió la mirada, ella la apartó de manera brusca. Para Thyria no pasó desapercibido ese gesto de ambos, pero entendía que aquel no era ni el momento ni el lugar para aclarar las cosas entre ellos dos.

—Manteneos alerta —añadió al final, antes de levantarse y volver a su puesto de guardia.

Sin embargo, por el camino y mientras Aeferdana y Sindar se preparaban para montar la guardia en el campamento, fue secuestrada sin que ninguno de los dos pudiera verlo. La oscuridad no les permitía ver más allá del campamento, aunque el pequeño grito que pudo emitir sí que pudieron oírlo. Aeferdana tropezó con algo cuando se disponía a salir corriendo en la dirección en la que ella se había marchado. Cuando se levantó y comprobó de qué se trataba, lo agarró con mayor fuerza y miró a Sindar.

—No podemos hacer ruido o tendremos la misma suerte —susurró, intentando que solo él la oyera.

—¿Y qué sugieres que hagamos? —preguntó él con el mismo tono de voz.

Aunque ambos suponían que serían los siguientes. Por eso, guardó el grimorio que Thyria se había dejado en el campamento entre su vestido y su piel y se ató la cuerda del vestido con fuerza para que no escapara. El libro era de grandes proporciones, pero no supuso un problema para ella esconderlo; el vestido le quedaba bastante grande como para no levantar sospechas.

Cuanto le gustaría poder hacer magia, pero sin su runa no era capaz. No podría siquiera hacer daño al enemigo si se lo propusiera. Empezó a sentirse como una inútil. Sin Thyria, quien poseía su propia runa, no podría hacer ningún tipo de magia.

Sindar pareció leer sus pensamientos, pues se acercó a ella y la abrazó con ternura. Permanecieron así unos minutos más hasta que se percataron de que nadie se había acercado hasta ellos. Ni uno solo de los bandidos que podrían encontrarse a su alrededor se había dignado a aparecer para llevárselos ante el jefe.

No sabían si alegrarse o temer por algo peor.

Thyria fue conducida, aturdida, hacia el conjunto de cuevas que conformaban el hogar de los bandidos. Sus manos se encontraban a su espalda, de forma que no podía zafarse de un amarre invisible que las mantenía unidas. Respecto a sus ojos, no podía ver nada debido a un trozo de tela que los cubría. Oyó la respiración pesada del que suponía que la llevaba en volandas, aunque bajo su cuerpo no hallara algo que delatara la presencia de algún cuerpo que la estuviera cargando.

No le quedaba más que una opción: la magia. ¿Pero cómo era posible? Los bandidos eran humanos que no controlaban la magia, y además, sin la runa adecuada era imposible que fluyera de esa forma. Thyria frunció los labios, no entendía nada de lo que estaba ocurriendo.

La depositaron bruscamente en el suelo.

—Deberías mandar a más hombres a que vigilaran estas montañas, Irion. He encontrado a esta hechicera merodeando por las cercanías y sospecho que no está sola —aunque más que una sospecha, se trataba de una certeza.

Conocía bastante bien a Aeferdana y toda su ascendencia.

—No tengo más que a inútiles entre mis filas. Si pudiera hacer yo todo el trabajo, créeme, me bastaría conmigo mismo. Pero no todos somos como tú, Johan.

Thyria reprimió un grito al oír aquel nombre. Su respiración se agitó e intentó relajarse dejando la mente en blanco, tal como su mentor le había enseñado. Pero era inútil. Aquella situación no había sido prevista al asignar la misión. ¿O lo habían planeado todo para saber si Aeferdana era la elegida, realmente, por la Maga Azul?

—¿A qué te refieres con eso, Irion? —preguntó Johan, mostrándose sereno.

—No todos podemos optar a ser unos grandes hechiceros como tú —escupió Irion.

Empezaba a perder la paciencia con el gran Maestro del Mal.

La carcajada malévola de Johan se oyó por todo el campando. Incluso por los alrededores.

—¿Crees que me convertí en lo que soy porque nací con ello? —el hechicero empezó a sentir esa rabia que, en ocasiones, le teñía el rostro de rojo— ¿Crees que tuve las cosas sencillas para ser el Maestro del Mal? Tú no sabes nada de mí y déjame que te diga algo —hizo una pausa que pretendía ser dramática. Lo tenía todo pensado, no había nada que reflexionar—: si quiero, puedo destruirte a ti y a los tuyos en menos de lo que os imagináis. Así que hazme el favor y cállate ya. Me aburres.

Irion maldijo por lo bajo y se marchó hacia su cueva para descansar, o al menos para fingir que lo hacía. Mientras tanto, Johan se quedó con la hechicera.

—Tú y yo tenemos mucho de qué hablar... —dijo él, despojando a Thyria de la tela que le quitaba la visión.

Aeferdana y Sindar se separaron del abrazo avergonzados. El miedo los había paralizado durante un instante, pero debían continuar. Tenían que encontrar a Thyria y, además, la runa perdida de Shana. Sacó el mapa con cautela y lo abrió. Sonrió al ver que la runa se encontraba cerca de ellos.

—¡Sindar! —exclamó, manteniendo el tono bajo de voz para no ser descubiertos— Estamos muy cerca...

—¿Y qué propones que hagamos? ¿Buscamos a Thyria o vamos a por la runa antes? —preguntó Sindar, sin saber qué hacer exactamente.

La chica dudó durante unos segundos.

—Vamos primero a por la runa y si encontramos antes a Thyria, la rescatamos.

Él asintió, mirando a todas partes en busca de alguna señal que le indicara que podrían moverse sin ningún temor. También tanteó en busca

de sus armas, todas se encontraban en sus respectivas fundas listas para ser usadas. Aunque esperaba no tener que hacerlo..

Caminaron con cautela y sigilo a través de la oscuridad del bosque. De vez en cuando se detenían para agudizar sus oídos, pero el silencio era lo único que les rodeaba. Aun así, permanecieron alerta por si eran atacados por sorpresa. Las emboscadas en aquellas montañas eran bastante comunes.

Una voz familiar provocó que volvieran a detenerse por quinta vez.

—No pienso decirte nada de mis compañeros. A estas alturas deben estar lejos de estas malditas montañas —Thyria se estaba marcando un farol, consciente de que si Johan la descubría podría correr aún más peligro.

—No te creo, niña estúpida. Puedo notar su presencia, están muy cerca de estas cuevas... —inspiró hondo por la nariz, como si pudiera distinguir todos los olores de su alrededor— Puedo oler su inconfundible aroma a asquerosa bondad.

La voz áspera del hombre se le hizo extrañamente familiar. Indagó en sus recuerdos cayendo en la cuenta de que, más que conocerlo de Soram, aparecía en sus peores pesadillas. Lo que no lograba entender era por qué. ¿Quién era ese hombre?

—¡Irion! —llamó Johan desde su posición. Tuvo que hacerlo dos veces más, pues el jefe de la banda no apareció. Y cuando por fin lo hizo, se mostró poco colaborador en principio— Rastrea la zona, sospecho que no estamos completamente solos...

Con un bufido acató las órdenes del hechicero con desgana. «Maldita la hora en la que le pedí ayuda» se dijo a sí mismo.

—¡Tarrid! —Unos minutos después, un hombre mediano y con el pelo revuelto apareció corriendo hacia su jefe— Acompáñame, tenemos compañía.

Aeferdana y Sindar se taparon los labios y se precipitaron hacia el árbol más cercano. Con un movimiento de cabeza, ambos entendieron que lo mejor sería subir a la rama más alejada del suelo para no ser vistos.

—Sube tú, eres más valiosa que yo en esta misión —sugirió Sindar.

Ella no se negó, no podría ayudar a su compañero a subir al árbol aunque quisiera. Sin la ayuda de una runa no podría realizar ningún tipo de magia. Eso la frustraba.

Con la ayuda del aprendiz de caballero subió a una de las ramas más alejadas del árbol. La presencia de Irion y Tarrid era cercana, tanto, que temió por la seguridad de Sindar. «¿Qué puedo hacer?», por más que buscaba la solución a ese problema inmediato, no la encontraba. Se sentía inútil subida en aquel árbol, por lo que de un salto, se situó junto a él a la espera de su captura.

—No te dejaré solo en esto —susurró Aeferdana. Buscó en la oscuridad la mano de Sindar y la asió con fuerza— Luchemos como solo los habitantes de Soram sabemos.

El chico, que hasta ese preciso momento temía por su vida, asintió. Se sintió más fuerte gracias al apoyo de Aeferdana, aunque seguía pensando que ella era demasiado importante en la misión como para que le ocurriera algo. Otros motivos, además, se escondían tras esa preocupación.

Las voces de los bandidos cada vez se acercaban más. La chica apretó con mayor intensidad la mano de Sindar, no podía ocultar su creciente nerviosismo. No podría perdonarse, jamás, que cualquiera de sus compañeros terminara herido o incluso muerto.

—Déjame hablar a mí —indicó ella cuando oyeron las voces más cerca.

Se acercaba el momento.

—¡Vaya, vaya! Pero si tenemos aquí a dos jovencitos imprudentes. Decidnos, ¿qué hacéis en nuestras montañas? —dijo Irion cuando quedaron cara a cara.

La oscuridad aún reinaba en las montañas.

—¡Responded! —gritó Tarrid, exasperado.

Irion alzó la mano derecha indicándole a su compañero que se controlara.

—Somos aprendices enviados para llevar a cabo una misión —explicó Aeferdana—. Estábamos a punto de conseguir nuestro objetivo cuando nuestra compañera desapareció. No podemos volver sin ella...

Irion meditó las palabras de la hechicera durante unos instantes. Aeferdana aprovechó el momento para usar la magia que no requería de ninguna runa. El don que desde pequeña la trastornaba. Bajó la cabeza y se sumió en un pequeño trance antes de volver a levantarla para mirar directamente a Irion.

—Sé que no soportas la presencia de ese hechicero en tus tierras —Tanteó, intentando ganarse la confianza del líder de los bandidos—, a

pesar de que tú mismo le pediste ayuda. ¿Por qué, Irion? ¿No eres lo suficientemente fuerte como para deshacerte solo de tus enemigos? ¿Tus verdaderos enemigos? Porque nosotros seremos solamente un bache en tu camino. No somos tan peligrosos como él.

Aeferdana salió del trance antes de que volviera a hablar uno de los hombres que tenían enfrente.

—Tienes razón, niña, ¿qué podrían hacernos dos mocosos como vosotros? —comentó Irion antes de reírse— Sin embargo, debo suponer que no eres más poderosa que él, ¿verdad? —Ella movió la cabeza en respuesta— Entonces tendremos que llevaros ante él, no hay más opción.

—A no ser... —empezó a decir Aeferdana.

—A no ser ¿qué? —Irion empezaba a impacientarse.

—A no ser que nos aliemos en su contra —susurró ella de forma que solo los presentes pudieran oírla.

Irion y Tarrid dieron un paso atrás y se giraron para hablar entre ellos mediante susurros. Al principio no se ponían de acuerdo, pero finalmente y tras varios minutos de espera, se giraron para volver a encarar a los jóvenes aprendices.

—Estamos dispuestos a hacer un trato —volvió a hablar Irion—, pero antes tenemos que saber qué es lo que buscáis exactamente.

Ambos se miraron, en parte confusos, en parte sin saber qué decir. ¿Deberían revelar lo que estaban buscando o sería mejor mentirles?

—¿Cómo sabéis que estamos buscando algo? —Aeferdana decidió arriesgarse.

—Las personas que se atreven a venir a las montañas no lo hacen por ir de paseo, sino porque buscan algo. No creo que vosotros seáis una excepción —respondió Tarrid.

—Una runa mágica. La necesitamos para completar la misión. Sabemos que está cerca, pero no dónde exactamente —dijo Sindar, que hablaba por primera vez desde que llegaron los bandidos.

Aeferdana no le reprochó que hablara, mucho menos que lo hiciera con temor. A pesar de querer ser un caballero, era también un humano con sus defectos y miedos. Su juventud, además, provocaba que el miedo a la muerte fuera mayor. O al menos, eso pensaba ella.

—¿Qué os parece si os ayudamos a encontrar la runa y vosotros nos ayudáis a deshacernos del hechicero? —Los ojos de Irion mostraban la ira que había estado conteniendo durante mucho tiempo— Eso sí, tendremos que fingir que os capturamos para que no sospeche nada —se detuvo antes de seguir, como si quisiera recordar algo—. Niña, ¿eres buena con los juegos de palabras?

—Creo que sí —respondió la chica.

—Intenta ganar a Johan en ese terreno y os aseguro que nosotros nos encargaremos de buscaros el objeto que necesitáis para marcharos —añadió finalmente el jefe de los bandidos.

—¿Por qué...?

—Porque —la interrumpió Irion— no nos gusta matar a jovencitos como vosotros. Tenéis mucha vida por delante y, además, me recordáis un poco a mí... —Tarrid dirigió una mirada de sorpresa a su líder, mientras que Aeferdana y Sindar compartieron la misma mirada. No tenían nada en común con Irion, pero no podían contradecirlo, no ahora que se habían ganado esa pequeña alianza— En fin, tendremos que ataros las manos.

Ambos accedieron, dándoles la espalda y cruzando las muñecas. Irion los ató con una cuerda larga que él mismo llevaba encima siempre. Cuando las cuerdas estuvieron debidamente atadas, pero no apretadas, fueron conducidos ante la presencia de Johan.

## Capítulo 4

### 4. La runa de la esperanza

Lo primero que Aeferdana pudo ver con sus propios ojos fue el enorme claro lleno de cuevas. Se estaban aproximando a una figura oscura con una túnica que ocultaba gran parte de su cuerpo. El sombrero de copa que tenía sobre la cabeza, además, le confería un aspecto pintoresco. Unos centímetros a la izquierda se encontraba suspendida en el aire una figura que también estaba atada, aunque daba la sensación de que más que atada, se hallaba petrificada.

Aeferdana dejó escapar un grito de horror lo suficientemente alto como para que la figura del sombrero de copa se girara hacia ellos. Estupendo, fue lo que hubiera pasado por su mente de haber podido pensar algo coherente.

—Habéis tardado demasiado —siseó Johan, malhumorado. Hasta ese momento permaneció de perfil a ellos—. Traedlos ante mi presencia.

Los dos aprendices fueron conducidos ante Johan, quien, impaciente, esperaba aquel momento desde que supo de la existencia de Aeferdana y su familia. Y a medida que se iban acercando, ambos se cercioraron de que Thyria se encontraba petrificada por algún hechizo poderoso. Aunque Sindar no entendía mucho sobre ellos.

—Aeferdana Silverlock, al fin nos encontramos cara a cara —obvió la presencia de Sindar, solo le interesaba conversar con la que, según él, no era más que otro problema del que deshacerse lo antes posible.

—¿Cómo...?

—Hay muchas cosas que desconoces de tus raíces —la interrumpió. Buscó sus ojos y empezó a avanzar hacia ella lentamente, hablando también de la misma forma—. Tu magia, por ejemplo. Estoy seguro de que no la dominas del todo bien... —hizo una pequeña pausa— ¡Pero qué digo! Si ni siquiera eres capaz de hacer magia sin necesidad de runas. ¿Y qué decir de tu ascendencia? ¿Conoces a la fundadora de tu clan? Apuesto lo que quieras a que no.

Aeferdana no supo qué responder. ¿Cómo sabía todo eso sobre ella?

—Sé muchas más cosas de las que podrías creer, como que has viajado desde Soram hasta Lantaro para entrar en la Hermandad de esa escoria que se hacen llamar guardianes, o que no eres la única de tu familia que va a pertenecer, pertenece o ha pertenecido a ella. Sé también que eres más poderosa de lo que crees y, por eso, podrías unirme a mí y dejar de lado a estos inútiles que no aportarán nada a tu aprendizaje. Piénsalo, Aeferdana, ¿qué podrías perder?

«¿Qué podría perder? —repitió en su cabeza— Muchas cosas. Mi bondad, por ejemplo. Supongo que mi corazón también, de no ser así, no podría ser como él. Y no volvería a ver a Sindar, que quizá sea de lo malo lo peor. ¿Y todavía es capaz de preguntarme qué podría perder? ¿El, que tanto presume de saberlo todo?». Su mirada se clavó en la del hechicero. A pesar de la oscuridad, que empezaba a cesar debido a la inminente llegada del alba, podía distinguir la negrura de sus ojos.

—¿Qué te hace pensar que voy a pensármelo siquiera?

Aquello le costaría caro, pero estaba dispuesta a correr cualquier riesgo. Antes moriría que dejar de ser quien siempre había sido. Aunque solo hubiera podido vivir dieciséis años de lo que ella creía que sería una larga vida.

—¿Me estás retando, niña estúpida?

—Si prefieres llamarlo así, sí —respondió, sin desviar en ningún momento sus ojos de los del hechicero.

La luz del amanecer empezó a bañar las montañas y a dotarlas de ese color marrón y verde que las caracterizaba. Fue entonces cuando Aeferdana pudo ver el rostro de Johan. Su pelo rizado se escondía bajo el sombrero de copa, mientras que sus ojos verdes destacaban sobre la palidez de su rostro y sus labios perfectamente delineados.

«Debí imaginarlo —pensó evitando mostrar una mueca—, un ser malvado que no es feo».

El hechicero alzó una ceja mientras observaba los ojos claros de la chica de dieciséis años. Entrecerró los suyos, estudiándola. Sin duda, estaba preparando algún tipo de golpe maestro en su contra.

—Sabes quién soy, ¿verdad? Aunque no eres capaz de relacionarme con un hecho en concreto... Y me sorprende —Salvó la distancia que los separaba y posó su mano sobre la barbilla de Aeferdana, forzándola a que alzara su mirada hacia él— que con solo conocer mi nombre no seas consciente del peligro que corres estando frente a mí.

Ella le dirigió una mirada retadora, manteniendo todo su coraje aunque solo fuera en apariencia. Nunca se había mentido a sí misma, por eso siempre tendría presente que, con diferencia, aquel era el momento de su vida en el que sintió más temor. Por su vida y la de sus compañeros. Dio un paso atrás, deshaciendo el contacto iniciado por Johan, y ladeó la cabeza para mirar de soslayo a Thyria. A pesar de sus diferencias iniciales con ella no quería que terminara así.

—Veo que te preocupa su estado, ¿no es cierto? —Ella solo le miró asqueada— Tranquila, solo me interesas tú. Digamos que tu amiga solo ha sido un cebo para atraerte. Aunque ha sido difícil... Por suerte me

gustan las cosas complicadas.

Sindar permanecía a su lado sin decir ni una sola palabra, mientras que Irion y Tarrid se habían alejado hacia sus respectivas cuevas.

—¿Darías tu vida por ella? —Su mirada se dirigió hacia el aprendiz de caballero que permanecía al lado de su amiga— ¡Responde!

Por un momento pareció quedarse congelado. Miró a Aeferdana con cierta desesperación antes de responder:

—Esta y todas las que hicieran falta.

—Tengo entendido que apenas la conoces, ¿no es así? —inquirió Johan, entrecerrando los ojos. Sindar tragó saliva— ¿Estás seguro entonces de que vale la pena arriesgarte por ella cuando ni siquiera sabes si ella haría lo mismo por ti?

Aeferdana se estaba hartando de toda esa situación. No soportaba la arrogancia de Johan. No concebía que tratara así a Sindar, no en su presencia. No obstante, tenía la esperanza de poder hacerle frente para así salvar a sus compañeros. Mientras tanto, Sindar no dejaba de mirarla en busca de alguna señal que le indicara cómo seguir. La presencia del hechicero imponía al aprendiz de caballero, que en su vida se había visto en una situación como aquella.

—Claro que haría lo mismo por él —respondió Aeferdana en vista de que Sindar se había quedado callado—. Por él y por cualquiera que lo merezca.

—No lo creo. Dentro de ti veo a una persona tan egoísta como yo.

—¡No digas tonterías! —exclamó Aeferdana, molesta por el hecho de que Johan pensara que era igual que él— Jamás seré como tú.

Su determinación aumentó, así como su coraje, al tiempo que aprovechaba la adrenalina para lanzarse sobre él. Ambos cayeron al suelo, con tan poca suerte que Aeferdana no pudo durar mucho tiempo encima del hechicero.

—¡Te vas a arrepentir!

Ambos empezaron a forcejear, alternando cada uno de los cuerpos sobre el otro. La joven aprendiz aprovechó todas las oportunidades que tuvo para distraer al hechicero y desarmar todo el atrezzo que formaba parte de su vestuario. Johan, por su parte, con el pelo enmarañado ocultando sus ojos y el sombrero de copa muy lejos de él, intentaba zafarse del enorme estorbo que le suponía su enemiga natural. Y cuando consiguió quitársela de encima, encontró una nueva dificultad en su camino: la espada de Sindar.

—Te sugiero que te quedes quieto si no quieres ser el primero en probar el filo de mi espada.

Sin embargo, el poderoso hechicero ni se inmutó.

—¿Crees que un niño que sujeta una espada puede darme miedo? Podrías morir chamuscado antes de que puedas pedir ayuda.

La lengua de Johan destilaba veneno. Un veneno que penetraba por cada poro de tu ser sin que pudieras evitarlo. Aeferdana se apartó de su presencia, pero no por ese motivo, sino porque notó una fuerza que la

atraía. Aprovechó que Sindar mantenía a Johan ocupado para acercarse hacia uno de los matorrales cercanos a Thyria. Pero antes de que llegara a ellos, notó el susurro femenino de su compañera de misión.

—Lo sientes, ¿verdad?

Aeferdana solo asintió. Sabía a qué se refería, era algo que los hechiceros no podían evitar. Siguió caminando, pues aún no notaba ese poder en su plenitud, pero entonces pensó en algo que no había tenido en cuenta: ¿Johan sería capaz de sentir también la presencia cercana de la runa? ¿Y si tenía preso su poder para canalizarlo y por eso era tan poderoso? Muchos interrogantes para tan poco tiempo, por eso dejó de lado sus pensamientos y se apresuró a por la runa.

Pero no pudo encontrarla a tiempo porque alguien la abrazó por detrás y la levantó por los aires. Johan había conseguido inmovilizar a Sindar mediante el contacto visual y en ese momento se estaba encargando de su problema mayor: la heredera de la Maga Azul. Por desgracia para ella, su vínculo con la runa era tan fuerte que apenas prestó atención a los gritos de auxilio de Thyria, que se encontraba en ese momento bajo los efectos de algún hechizo paralizador. Aeferdana intentó zafarse de los brazos del hechicero, pero él era demasiado fuerte como para que ella consiguiera algo. Y con sus compañeros en esas condiciones, poca ayuda podría recibir.

—¡Suéltame! —chilló con todas sus fuerzas.

Pero nadie parecía querer, o poder, socorrerla. Intuyó que los dos bandidos que los habían conducido hasta ese lugar no querían meterse en problemas con Johan, por lo que sus poderes representaban, y por ese motivo ni siquiera se dignaron a asomar sus narices por la entrada de sus cuevas.

—¡Cállate, niña estúpida! —gritó Johan mientras forcejeaba de nuevo con

Aeferdana.

Con una patada en la espinilla, y un aullido de dolor del hechicero, la chica corrió hacia el lugar donde había sentido instantes antes la presencia de la runa y, tras localizarla, la tomó con su mano derecha y la alzó hacia el cielo.

—Ars pleniture in lividae, ore nix in flamae Johan —Empezó susurrando y, a medida que iba llegando el final del hechizo, fue subiendo el volumen de su voz.

Cuando Johan se dio cuenta de la gravedad de la situación, ya era demasiado tarde. Aeferdana tenía en su poder la Runa de la Esperanza, la última de las runas de la Maga Azul. Su poder se había intensificado y se sintió capaz de vencer cualquier obstáculo. Creyó ser capaz de derrotar al que, por naturaleza, era su enemigo. Aeferdana sabía que el poder del nombre era poderoso. Había temido durante todo ese tiempo que el ser que tenía delante se aprovechara de ello, pero al parecer, se había centrado más en mostrar toda su soberbia.

En pocos segundos, Johan se llevó las manos a la cabeza y se encogió sin saber bien qué le estaba ocurriendo. Empezó a gritar de dolor y miró a Aeferdana con odio. Su magia se debilitó hasta que Thyria pudo volver a moverse. Lo único que hizo fue buscar su runa y, en voz alta, recitó uno de los hechizos que se había aprendido de memoria:

—Ellis experanzae fornis galiae.

Otro aullido de dolor salió de la profundidad de la garganta de Johan, y por lo que pudieron observar los tres, su juventud se marchitó por momentos. Era como si la disminución de su poder mostrara su verdadero aspecto. Antes de que quedara reducido al anciano de aspecto frágil que intentaba ocultar a los ojos del mundo, se dirigió a Aeferdana una última vez diciendo con voz temblorosa pero firme a la vez:

—Te destruiré, así como... también lo hice con tu antepasada...  
La estúpida Maga Azul.

Hizo acopio de lo poco que quedaba de su poder y desapareció entre humo negro ante la atónita mirada de los jóvenes. «¿Será cierto lo que ha dicho? ¿Será ese el secreto que quería Bardo que averiguara por mi cuenta?». Sacudió la cabeza al notar que la observaban.

—Bien hecho, Aeferdana —Thyria se echó a los brazos de la chica de pelo rosa para abrazarla solo durante unos segundos. Después se separó—. Sabía que no me abandonaríais...

Ella, sin embargo, se dedicó a mirar su mano perpleja. Contempló la runa de su antepasada con ojos curiosos, pues emitía una luz verde que poco a poco fue apagándose. Con la adrenalina recorriendo su cuerpo no había sido capaz de vislumbrar un halo de luz que la rodeó al pronunciar el hechizo.

—Chicos... Creo que no veis la importancia que requiere todo esto... He encontrado... He encontrado lo que buscábamos —dijo al fin Aeferdana, dejando que sus compañeros pudieran observar lo que tenía en sus manos.

—La última runa de Shana... —dijo Thyria con la emoción en sus ojos mientras la miraba. Luego dirigió sus ojos, de nuevo, a la chica que la portaba— ¿Sabes lo que eso significa? —Aeferdana negó con la cabeza— Eres la heredera de Shana y, además, la única que puede manejar esta runa. Ahora entiendo por qué fuiste elegida para esta misión y por qué te mandaron llamar desde la Hermandad —Se detuvo un momento y después añadió—. Siento mucho mi anterior comportamiento... —Luego miró a Sindar— A ti también te lo digo, ¿eh?

Los tres se fundieron en un abrazo, entre sonrisas y disculpas, que sirvió

de indulgencia para los tres.

Al regresar de la misión, los tres se encontraban más animados que cuando se dispusieron a vivir la aventura. Sus ropajes estaban sucios y sus expresiones cansadas, pero no por ello ocultaban la enorme sonrisa de sus rostros. Lo que había ocurrido en las montañas los había unido hasta límites insospechados. El respeto había crecido entre los tres, pues habían tenido la oportunidad de demostrar su valía.

Las puertas del edificio que albergaba la Hermandad se abrieron en cuanto los tres estuvieron a escasos metros de ellas. No hizo falta que ninguno de los tres llamara, fue como si los Grandes Maestros supieran que habían vuelto, aunque no estuviera planeada la fecha del regreso. De hecho, no había forma de que supieran de antemano el tiempo que duraba una misión, pues todo solía depender de las personas encargadas de conseguir los objetivos. Sin embargo, su recibimiento no fue como ellos esperaban. Tal como el día que llegaron Sindar y Aeferdana, nadie los aguardaba. Se sintieron decepcionados, hasta que una voz los sobresaltó.

—Bienvenidos de nuevo, Guardianes de Soradia que esperan ser formados en Lantaro. Os esperamos en la sala de los Maestros.

Con emoción contenida, se dirigieron hacia el lugar con rapidez. Encontraron la puerta cerrada, pero eso no fue impedimento para que Thyria se acercara a llamar. Ningún sonido se percibía en el interior, pero la puerta se abrió de la misma forma que el día que Bardo solicitó la presencia de Aeferdana allí. Los tres entraron y se acercaron, no sin fijarse en la cantidad de personas que los rodeaban, hacia los sillones donde se encontraban Bardo, Cyrius y Feremon. Los Grandes Maestros.

—Debo intuir, por la expresión de vuestros rostros, que habéis conseguido el objetivo de la misión, ¿no es así? —Se aventuró a decir Bardo.

Thyria y Sindar dejaron que Aeferdana hablara, colocándose ésta un paso por delante de los dos.

—Ha sido una tarea difícil, pero de corta duración. Pensé que nos llevaría días encontrarla y... Debo decir que me sorprendió mucho encontrarla justo en el momento en el que lo único que necesitábamos era esperanza. Parece mentira que consiguiera dar con ella cuando los tres estábamos en peligro —Dirigió una mirada hacia sus dos compañeros—. Aquí está.

Metió la mano en el bolsillo de su túnica y sacó de él una pequeña piedra que cabía en su mano. La levantó y la mostró ante la atenta mirada de todos. Se acercó a los Grandes Maestros, pero estos, al ver la intención de la chica, negaron al unísono. Esa vez, el que habló fue Cyrius:

—No nos corresponde a nosotros tenerla, heredera de Shana y prometedora Guardianas de Soradia. Es tuya.

Aeferdana sonrió inconscientemente mientras se guardaba la piedra en el bolsillo. Regresó junto a sus compañeros y con un suspiro hondo esperó a que cualquiera de los tres volviera a hablar.

—Hermanos guardianes —dijo Feremon en voz tan alta como para que todos los presentes le oyeran—, me complace informaros que Aeferdana y Sindar son dignos para formar parte de nuestra hermandad. Démosles, pues, la bienvenida que se merecen.

Toda la sala prorrumpió en vítores. Los tres se miraron con complicidad, y la mantuvieron incluso cuando solo Sindar y Aeferdana se miraron. Algo en ellos había cambiado en ese viaje en el que descubrieron mucho más que la utilidad de las runas y de formar alianzas con bandidos. Él tomó la mano de la chica con timidez manteniendo la sonrisa y ella, que había

dirigido por un momento su mirada hacia sus manos entrelazadas, le correspondió con otra sonrisa. Por su parte, tomó la mano de Thyria y los tres alzaron los brazos victoriosos.

## Capítulo 5

### 5. Una dura prueba

Al día siguiente, la rutina volvió a hacerse presente en la Hermandad, lo que significaba que tanto Aeferdana como Sindar comenzarían los entrenamientos. El chico ya estaba dispuesto para lo que estaba por venir, pues durante toda su vida se había preparado para ese momento; pero ella no sabía cómo tendría que proceder. Estaba muy perdida, aunque por suerte tenía a su compañera de habitación para resolver algunas dudas. Además, Bardo le había sugerido que si tenía alguna se presentara ante él en la Sala de los Maestros.

Buscó con la mirada a Feeris, pero no la encontró haciendo bulto en su cama. Pensó que quizá se encontraría en el cuarto de baño, teoría que contrastó cuando la vio salir por la puerta que daba acceso a él.

—¿Todavía estás así? —preguntó su compañera de cuarto cuando la vio sentada sobre la cama.

Aeferdana, confusa, abrió la boca para decir algo, pero Feeris se adelantó.

—Solo estaba bromeando, suelo levantarme siempre pronto porque a veces hay algún tipo de emergencia y me gusta estar preparada.

Eso confundió aún más a la pelirroja.

—¿Emergencia? ¿Suele haberlas a menudo?

—Oh, no —Feeris soltó una pequeña carcajada—. A veces suena la alarma de la Hermandad y solo es un simulacro. Desde que estoy aquí, nunca ha sido una emergencia real, así que no tienes de qué preocuparte.

La chica suspiró más tranquila y se levantó para prepararse. Los nervios la estaban torturando, mucho más que cuando supo que tendría que cumplir una pequeña misión importante para poder ser una guardiana oficial. Con

esos pensamientos rondando su mente avanzó hacia el cuarto de baño para ducharse y lavarse la cara. Cuando estuvo preparada, volvió a salir, encontrando a su compañera ya vestida, para hacer ella lo mismo.

—Creo que hoy ambas comenzamos con Hechizos de Defensa —comentó Feeris.

Aeferdana sonrió mientras terminaba de ponerse la túnica que su madre le había regalado antes de emprender el viaje. La misma túnica con la que ella estudió en la Hermandad.

—¿Cómo lo sabes?

—Llevo poco tiempo aquí y generalmente, hasta que no aprender a controlar por completo tu runa, no te ascienden. Sigo siendo aprendiz, no como Thyria, que ya está cerca de convertirse en una hechicera experta. La misión que ha tenido que llevar a cabo contigo le ha abierto las puertas para el examen.

—¿Examen? —preguntó Aeferdana. Su confusión aumentaba por momentos mientras terminaba de peinarse.

—Sí. Para alcanzar el rango superior que te convierte en guardiana tienes que realizar un examen bastante complicado, de nivel experto para cada una de las especialidades de la Hermandad, que supervisan los propios Maestros. Para que tú y yo podamos siquiera pensar en realizarlo tenemos que aprender mucho.

En ese momento, sus pensamientos se centraron en su compañero de viaje. Sindar había sido instruido desde pequeño para poder ingresar en la Hermandad. Formaba parte, como ella, de una de las familias de guardianes más reconocidos en toda Soradia. ¿Estaría deseando realizar ese examen que le convertiría en guardián? Aeferdana no dudaba que fuera así.

—Vamos, o al final llegaremos tarde —dijo Feeris.

La aprendiz de Soram asintió y salió tras ella de la habitación.

Sindar ya estaba preparado para recibir sus primeras clases de defensa. Quería demostrar a todos sus compañeros que, por muy nuevo que fuera, había aprendido mucho en su hogar. Aunque del dicho al hecho siempre había un gran trecho.

Antes de comenzar, sus compañeros le habían aconsejado que permaneciera alerta, con los cinco sentidos puestos en el ambiente. Y aunque sabía que antes de realizar su prueba de ascenso vería la de otro compañero, no podía dejar de sentirse nervioso.

—¡Vamos, Sindar! —Su compañero Ilmin tiró de él hasta que todos estuvieron sentados en las gradas del campo de instrucción.

Cyrius apareció encabezando a un grupo de caballeros vestidos con túnicas especiales de lucha. A su lado, uno de los aprendices de mayor rango lo acompañaba. Era quien realizaría la demostración para que el nuevo pudiera saber a qué se enfrentaba.

Se detuvieron cuando llegaron al centro del campo.

—Hoy es un día especial, pues uno de vuestros compañeros realizará la prueba que tantos de vosotros ha hecho. Una prueba dura y llena de complicaciones que determinará el rango al que pertenecerá. Y, como siempre, uno de vuestros compañeros cercanos a conseguir el título de guardián será quien haga la demostración.

No hicieron falta más palabras. Cyrius desapareció, dejando una estela de humo grisáceo a su alrededor, y dejó que las luces del campo bajaran. Todos los que lucharían se desperdigaron salvo el que minutos antes había permanecido al lado del Gran Maestro. Solo sacó la espalda, pronunció unas palabras que nadie pudo oír y esperó atento.

Sindar quedó sorprendido ante la habilidad de su compañero en cuanto lo vio actuar. Por muchos encapuchados que lo atacaran, siempre conseguía librarse de sus espadas. Ninguna llegó a tocarle, mientras que la suya sí que rasgaba ropas. Pero a medida que el combate iba avanzando, empezó a sentir cierto temor. Sabía que se aproximaba su prueba y no estaba tan seguro de poder demostrar su valía como quisiera. Los nervios podían jugarle una mala pasada.

Interceptaron a Aeferdana antes de que pudiera llegar a su primera clase con Feeris. No entendía nada, pues tampoco le habían querido explicar por qué no iba a poder asistir a Hechizos de Defensa. ¡Con las ganas que tenía de comenzar!

Su acompañante la abandonó en una gran sala parecida a la de los Maestros, pero sin asientos ni mobiliario. Parecía el típico lugar que se usa para realizar fiestas o reuniones con mucha gente. Pero seguía sin saber por qué se encontraba allí.

—Vas a formar parte de un acontecimiento que pocas veces presencian los hechiceros de la Hermandad. Aunque no lo presenciarás como piensas.

Reconoció la voz de Cyrius a su espalda.

—¿Qué es lo que tengo que hacer? —preguntó ella.

—Solo permanecer quieta donde seas colocada. ¿Traes la runa contigo?

—Asintió— Pues cuando así se requiera, podrás ayudar a una persona que realizará su prueba de ascenso. Los caballeros, a diferencia de los hechiceros, empiezan en el rango que les corresponde tras haber practicado en sus hogares durante muchos años. Y por ello, al momento del ingreso, para ellos se detienen las clases, porque así pueden asistir a la prueba de algún compañero. Me gustaría que ayudaras a uno de ellos. ¿Lo harás?

Aeferdana frunció los labios sin imaginarse quién podría llegar a necesitar

su ayuda en un momento dado.

—Por supuesto.

—Permíteme que te vende los ojos.

Sindar ya estaba preparado en su posición. Con la espada en mano y su empuñadura a la altura de los labios, murmuró unas palabras de ayuda a La Maga Azul. No era ninguna diosa, pero como fundadora de la Hermandad imploraba ser iluminado para ganar satisfactoriamente esa prueba. No por sus compañeros o por los Maestros, sino por él mismo. Deseaba demostrar todo lo que había aprendido en Soram.

Cerró los ojos con fuerza unos instantes y después los abrió, acostumbrándose a la penumbra. No fue capaz de distinguir a sus compañeros en la grada, pero era una distracción que deseaba no tener. Solo oyó un murmullo lejano que, en un principio, no supo distinguir.

Hasta que un sonido metálico llegó a sus oídos y dejó de lado aquel murmullo para centrarse en lo que consideraba más importante. Con un movimiento ágil de la mano, condujo su espada hacia su costado para derribar a uno de los encapuchados que pretendía atacarle. Suspiró al pensar que, para ser el primero, no había estado nada mal. Pero presentía que no todo sería tan fácil.

No se equivocaba.

Empezaron a atacarle entre varios. Por un lado, por otro. Su muñeca parecía moverse sola de un lado para otro, pero recibió algunas estocadas que no fue capaz de esquivar. Empezó a sentir dolor en su costado derecho, mas no se rindió. Siguió luchando, al menos, hasta que sus fuerzas cayeran.

Y entonces lo oyó.

Un grito ahogado llegó hasta sus oídos. Un grito en el que reconoció la voz de Aeferdana. ¿Estaba en lo cierto al pensar que se trataba de ella o solo eran ilusiones creadas para que fallara? No volvió a pensar en ello cuando un segundo grito se oyó por todo el campo de instrucción.

—¿Aeferdana? —preguntó en la oscuridad.

No fue capaz de ver su figura, aunque sí distinguía las de aquellos que le atacaban. De una patada y varios empujones se deshizo de ellos y empezó a buscar a la hechicera. ¿Por qué estaba allí? ¿Qué sucio juego era ese? ¿Por qué la involucraban a ella en una prueba que era para él? Esas, junto a otras preguntas, empezaron a amontonarse en la mente de Sindar, sin encontrar respuesta a ninguna.

Distinguió entre las sombras otra sólida y que intentaba zafarse de alguna atadura. El aprendiz volvió a preguntar, pero no obtuvo respuesta.

¿No estaría siendo el protagonista de su propia pesadilla?